



UN BAILE DE MÁSCARAS EN PARÍS Á FINES DEL SIGLO PASADO

La princesita fué bautizada en la capilla de Versalles á los pocos días de su natividad. Sirviéronle de padrinos el hermano mayor de Luis XVI y su mujer, á quienes tanto disgustaba esta inesperada fecundidad, en representación de los Borbones hispanos, que convivían siempre con los Borbones de allende y por lo mismo naturales padrinos eran de la tierna criatura. El pueblo parisién se asoció muy de grado al placer de los esposos y decretó fiestas de verdadero lucimiento y significativa importancia. En pleno sobreparto la Reina recibió besamanos desde la cama, no obstante la tristísima experiencia, durante su parto adquirida, del daño y aun del peligro de muerte que corría en la estricta observancia del antiguo ceremonial cortesano. Pero fué rápida la dolencia y una reposición completa le facilitó el salir pronto á misa, como decimos en España, oída primero en la capilla de Versalles y después en Nuestra Señora de París. Fuentes de vino, fuegos de artificio, carreras de caballos, distribución de pan á los pobres, dotes á cien muchachas casaderas, becas á recién nacidos, funciones gratuitas de teatro, dieron muestras del júbilo que reinaba en la Corte y que trascendía de suyo á todas las clases. El sentimiento de la maternidad moderó un poco, si no el gusto de la Reina por fiestas y placeres, el desenfrenado ejercicio. Bien es verdad que las costumbres litúrgicas de las Cortes europeas autorizaban estos desenfrenos. Cuando fué pedida la archiduquesa, baile para celebrar la demanda de su mano. Cuando llegó á la primer ciudad francesa, cuando llegó á Estrasburgo, baile para celebrar la llegada en un salón revestido de tapices, que por cierto representaban las nefastas bodas de Jason y Medea; tristísimo presagio recogido por el profético Goethe, presente á la diversión, según él mismo nos cuenta en sus curiosas Memorias; cuando pasó por Saverne, á pesar de haberse alojado en el Palacio de los Obispos, baile también muy concurrido y fastuoso; en la capital de Lorena, no obstante hallarse la tumba de sus mayores, por el casamiento de María Teresa con el jefe de aquella casa, tan célebre como la misma casa de Borgoña, bailes mezclados á las ceremonias religiosas y á las misas en los panteones regios. Así no debe maravillarnos el gusto de la infeliz por los divertimientos continuos y sus peligrosas asistencias á los bailes de máscaras en coches simones y con disfraces más ó menos reveladores de su majestuosísima persona. En estas diversiones, mezclándose á la multitud esparcía ella misma los sentimientos de igualdad, que tan funestos habían de ser al principio de casta en que la monarquía tiene su base, y desvanecía el misterio de un dogma tan misterioso como el dogma de la transmisión de los poderes públicos por la herencia y por la sangre. Como Luis XVI era más artesano que Monarca, era su esposa más mujer que Reina. Imperando en su pueblo por el derecho quiso imperar también por la hermosura y por la gracia. El afán de verse aplaudida, la condujo á temeridades que la indispusieron á una con todos. Así larguezas superiores á sus medios; lluvia de oro sobre sus favoritos y favoritas; compra en derroches fantásticos de joyas que le costaron la corona, es decir, la mejor entre ellas; cenas en que

manchaba el honor suyo y el honor de su marido sin haberle faltado nunca, juegos prohibidos por la ley donde arriesgaba la fortuna pública y destrozaba el principio monárquico. Una vez la sobrecogió en una velada de juego, sobre la bayeta verde, alba de un día tan celebrado con piedad y con tristeza en Francia, como el día de difuntos. La moderación en estos desórdenes, impuesta por embarazo y alumbramiento y sobreparto y maternidad, fué uno de los más bellos presentes que llevó á la casa real y á la dinastía entonces reinante aquel ángel en su cuna, la cual cuna debía parecer un altar á sus padres absortos en dicha tan pura y á los mismos cortesanos tan imitadores de sus Reyes.

El gran regocijo, que trajera el nacimiento de una princesa, doblárase de haber nacido un delfín. Bajo la ley sálica no heredan las mujeres; y los deseos del Rey por tener un hijo, así como las impacencias del pueblo por tener un delfín, sobrepusiéronse á todo, en cuanto pasaron las primeras emociones de júbilo y los primeros días de holgorio. La Reina estaba más interesada que ningún otro mortal en esta ventura, y no escribía de otro asunto á su madre, impacientísima, por ver asegurada la fortuna de su hija y definitivo el ascendiente suyo sobre la corte y sobre la nación. Por fin, vino Dios á verla con otro embarazo. No le cupo, á la certidumbre de hallarse nuevamente preñada, la alegría en el corazón y el corazón en el pecho, comunicándole á todo el mundo tales efectos en lo efusivo de su temperamento y en la prodigalidad nativa de las confidencias y de las confianzas, que tanto la disminuyeran en el concepto público y azararan su desgraciada vida. Pero un accidente ahogó aquella satisfacción en sus comienzos. Bajando un cristal del coche hirió su vientre, y á consecuencia del golpe y de la herida tuvo un mal parto. Unióse á ésto la muerte de su madre, á quien adoraba; y la noticia de que, nombrando en voz alta la Emperatriz todos sus hijos antes de aproximarse la postrimer agonía, cuando llegó á la Reina de Francia, reventaron en lágrimas los ojos y en quejidos el pecho. Doce días estuvo encerrada en su cuarto sin querer hablar con persona humana, y un luto rigorosísimo sucedió á la irreparable desgracia, pues en María Teresa, con todos sus defectos propios y todos los errores á que le condenaba su alto puesto y su privilegiada tradición, era tan grande la Emperatriz de tantos pueblos como la madre de tantos hijos. A esto siguió una visita del Emperador José II, heredero de la gran Emperatriz, hermano descastadísimo con la Reina y fantaseador filósofo en el Imperio. Así María Antonieta se refugió en el Trianoncito, y allí estuvo encerrada durante su duelo, compartiendo el tiempo entre recreos honestos y ocupaciones políticas. Por fin sintió el anheladísimo embarazo, y tras el anheladísimo embarazo llegó naturalmente la natividad del aguardado delfín. Tomáronse todas las precauciones imaginables para que la Reina no pariera en público, cual parió la primera vez, y no se ahogara en el enrarecido aire de una estancia henchida por la palaciega multitud. También se la preservó en todo lo posible de los anhelos que tuvo la primera vez por cerciorarse del sexo á que pertenecía la criatura y de las emociones terribles que tal curiosidad le

causara. En cuanto parió sacaron la criatura de su alcoba y la condujeron al cuarto de Rey, lavándola sobre una mesa. Conocido el sexo, no encontró Luis XVI gestos expresivos de su júbilo, ni palabras con qué decirse y comunicárselo á la Reina. También fué muy grande la emoción de ésta, contentísima de haber asegurado la sucesión en sus hijos y la permanencia de su dinastía. En cambio los príncipes se manifestaron muy reservados, por herido en sus esperanzas de herencia el hermano mayor de Luis XVI, y hasta el segundo que veía sin hijos al pretendiente y soñaba con captar la corona para sus propios hijos para su recién advenida prole. Refieren las historias cómo disimuló bien la mujer del conde de Provenza, hermano mayor, la contrariedad causada por el nacimiento, y cómo no supo disimularla, el conde de Artois, quien al decirle su hijo, el muchachuelo entonces duque de Angulema, cuán pequeño le parecía su primito, contestóle: ya te parecerá con el tiempo demasiado grande.

Pero, si en el Palacio hubo tales reservas, no se conoció ninguna en el público. Desbordó por todas partes el regocijo. Salieron como locos los franceses todos á las calles. Repicaron los campanarios sin descanso. Las músicas ensordecieron los aires sin tregua. Lanzáronse á bailar cuantos podían tener pareja. No quedó ventana sin luminaria, ni mesa sin regalo, ni corazón patriota sin esperanza. Había la costumbre por aquella sazón de ponerlo todo en verso. Distinguiáanse poco tales composiciones por la belleza literaria: muy prosaiconas de suyo, tiraban á decir alguna frase conceptuosa, siquier pecase de liviana. Al Delfín se le dedicaron tantas composiciones, que un chusco le deseó viviera tal suma de días buenos en el trono como la suma de versos malos escritos en su natalicio. Una señora, que le anunciara un Delfín á la Reina para el primer parto, en verso, viéndole llegar al tercero, compuso una cuarteta, en la cual decía que, habiendo el libro de sus horóscopos hojeado, tomó la tercer hoja por la primera. Otro poeta dijo, después de haber caído antes en igual renuncio, que al ver venir la gracia con una princesita, bien podía decirse que estando una gracia en puerta, estaba el amor á la vuelta. Tanto como los cañones de las plumas sonaron los cañones de las fortalezas. Tanto como el tropel de cortesanos, acertó á regocijarse, poseído de aquella expansión, el tropel de consejos y municipios. Las corporaciones mercantiles y los gremios ó industrias, compitieron en porfias de verdadera devoción y entusiasmo con corte y administración. Encendiéronse hogueras de regocijo y organizáronse procesiones de aparato. Una sinfonía inacabable llenó el espacio, henchido de tantos recuerdos, á que llamamos aun hoy plaza de la Gréve. En la Comedia Francesa se representó la *Escuela de los maridos*, y en cuanto saltaba cualquier alusión á las felicidades conyugales, á la santa paternidad, á la piedad filial, á los mutuos amores entre padres é hijos, al hogar doméstico, una salva de aplausos atronaba los oídos, subseguidos por aclamaciones frenéticas. Compusiéronse versos alusivos á las circunstancias para recitarlos en los espectáculos, y una gran actriz italiana dijo que fuera el rey futuro tan tardo en bajar

del trono, cual fuera tardó en subir, aludiendo á los diez años de matrimonial esterilidad, predecesores de su advenimiento. Fué necesario examinar la Grande Opera, en el temor de que á tierra se viesiese por el peso de tanto concurso, reunido allende su extensión y su capacidad y su resistencia. Los carboneros llenaron aquel predilecto templo de las bellas artes, entonando canciones y urdiendo danzas de su oficio, tras la representación oficial, que chocaban mucho en aquel sitio y desdecían sus tradiciones. Las mujeres del Mercado disfrutaban privilegios históricos de una duración secular y tenían derechos de presencia en varios regocijos y festejos reales. Rabaneras, polleras, carniceras, lecheras, aguadoras, comisionaron á su correspondiente diputada, encargándole dirigir las á ellos y enderezarle al Rey su discurso de felicitación. Parecía lo más natural del mundo un profundísimo terror sugerido por la grandeza del palacio y por la majestad del Rey. Pues no se aterró la vencedora. Llevaba escrita su arenga en el abanico, y la recitó de coro como si decorada la tuviese allá en su mollera. Celebrólo el Rey mucho, y salieron aquellas buenas mujeres tan horondas como si hubiesen ganado un premio que las preservase de los trabajos consiguientes á su oficio, y las hiciera nobles y ricas. El número de felicitaciones creció tanto, que Luis XVI no podía estar de pie, en presencia de los felicitantes, abrumado so el peso de una tan prolija y gárrula y general alegría, que no le dejaba un minuto de vagar para el recogimiento y el reposo.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de referir todas las particularidades que podían caracterizar estas manifestaciones. Cuantos oficios se presentaban al Monarca, iban precedidos de su correspondiente característica señal y objeto que los distinguiera y los calificara sin apelar á su nombre propio. Los desolladores hacían una chimenea, bajo la cual se abrigaba un oficialillo de corta estatura y larga voz cantando loores en regocijadas canciones al deseado príncipe. Los cerrajeros, oficio casi regio, por preferirlo á todos los conocidos Luis XVI, llevaba artística cerradura secreta, cuyos resortes abrían paso á un delfinillo muy bien trabajado. Los carniceros habían engordado el buey mayor visto hasta entonces en Francia, y lo llevaban á la fiesta ceñido de lazos y guirnaldas como si fueran á los antiguos holocaustos. Cada cual presentaba un artefacto de su arte: botas de niño los zapateros, uniformes chiquitines los sastres, sillas propias de la infancia los silleros, y todos homenajes y regalos inventados por tantos y tan diversos cariños para expresar los intensos y profundos respetos al trono de la universalidad de los ciudadanos, así como el entusiasmo por aquellos que lo henchían de majestad y de gloria con sus idolatradas personas. En cuanto la Reina salió de convalecencia y pasaron algunas contrariedades traídas á la Real familia por duelos é indisposiciones, se presentó en París de un modo público y solemne. Ninguno de los agrados, que pueden halagar á una regia familia, se perdonó; ni se perdonó ninguno de los festejos que podían divertirla. Desde las bóvedas del gótico templo de Nuestra Señora de París hasta los salones del Palacio de la ciudad, todo res-

plandeció cuajado de oro y vestido de adornos, cual venció á la luz aquella noche nunca vistap or el número y el resplandor de las iluminaciones. En los fuegos artificiales brilló una decoración que representaba grandes altares consagrados á la felicidad conyugal colmada por la ostentación de preciosa cuna en que descansaba un delfin. Las rosas representaban al Rey, las luces á la Reina; y se veían por todas partes en una especie de muy estrecho y armonioso enlace. A los pocos días de esta ceremonia, el Ayuntamiento de París dió un baile, al cual asistieron los Reyes con mucho regocijo, discurriendo encantados por aquellos salones, á pesar de que cien veces creyeron quedar aplastados por lo enorme de la concurrencia y asfixiados por la falta de aire que absorbían todos los pulmones allí aglomerados. La moda se apoderó del fausto suceso. Cortáronse trajes á lo delfin y rizáronse á lo delfin cabelleras. Los delfinillos de oro llovieron así en los zapatos como en los sombreros, así en los ojales de las casacas como en los cuellos de los señores. Nueve días duraron los desfiles de las procesiones entusiastas por los patios de Versalles y al mes siguiente de las fiestas aun había restos, como si todo París hubiera sido por aquellos días de pasagera locura, un teatro apercebido á grandes representaciones ó un salón numeroso de baile.

Semejantes festejos tuvieron una circunstancia para la Reina: el haberla por completo asociado y reunido á la Monarquía como parte integrante y factor necesario del poder y autoridad real. Ya reinaba la infeliz, cuando consagraran á su esposo en Reims y asistió á las litúrgicas ceremonias de aquella consagración como una persona particular y privada. No entró en la carroza regia, tirada por diez y ocho caballos, que conducía la persona del Rey en el ingreso dentro de aquella capital de los recuerdos ó de las tradiciones: no apareció junto al monarca ante la fachada maravillosa del templo; cuando traía el abad de rúbrica, vestido con sotana de áureo tisú y capa pluvial de argenteo, la secular ampolla donde se guarda el óleo santo, no estuvo en la Catedral sobre las gradas del trono y bajo las cortinas del dosel, levantado en punto tan artístico y sacro como su crucero, circuido de los pares y de los nobles y de los cardenales revestidos con sus mejores preseas y realizados por la luz que cernían los vidrios de colores y destellaban las lámparas y las velas canónicas. Aunque muchos sabedores de las costumbres monárquicas aseguraban como cosa de certidumbre histórica la presencia con los reyes de sus esposas á la consagración, y respondían á la objeción de que ni Luis XIII, ni Luis XIV, ni Luis XV las llevaron, el argumento incontestable de no tenerlas, por solteros cuando los consagraran; la Reina fué á su correspondiente tribuna como cualquier señora particular; y el Rey sólo recibió las vestimentas de púrpura y los anillos de oro y la corona de pedrería y la mano de brillantes y la espada de Carlo Magno y el cetro de San Luis en aquella ceremonia tan aparatosa, que prestaba con sus cánticos y con sus reverbeos y sus etiquetas y sus pompas al Monarca el carácter de un ídolo asiático adorado en una especie de festividad religiosa, la cual podi-